

Retos y apuestas en la campaña electoral del 2006

Andrés Cañizález*



A contrario de otros procesos comiciales (1998, 2000), las elecciones presidenciales del 3 de diciembre de 2006 están marcadas por un escenario político bastante particular. Éste es producto tanto de una sostenida política gubernamental, la cual arroja como resultado un sistema personalista, sin los mínimos contrapesos institucionales o políticos, al tiempo que no debe olvidarse la errática acción de la dirigencia opositora que le llevó a ausentarse de escenarios naturales para la acción política como la Asamblea Nacional. Sin duda alguna, tienen retos y apuestas de diferente naturaleza, sin embargo tanto el presidente Hugo Chávez, en la búsqueda de su reelección, como Manuel Rosales, en su rol de candidato que intenta nuclear a

fuerzas opositoras, comparten el mismo riesgo que podría hacerles naufragar en sus intenciones: la abstención.

Contrariamente a lo que ha venido sosteniéndose, la merma de votantes no es un fenómeno que exclusivamente debe preocupar a la oposición. Una alta abstención, como la registrada en las parlamentarias de diciembre de 2005, termina siendo un bumerang para la pretendida meta oficial de perpetuarse por vía electoral. El inicio formal de la campaña, con un Chávez dejando de lado la meta de los 10 millones de votos, evidencia que el problema de movilizar a los votantes no es exclusivamente opositor, sin restarle importancia—obviamente—al fenómeno abstencionista tras el fracaso político del referendo revocatorio de 2004.

TRASCENDER EL 3 DE DICIEMBRE

Con la decisión de Manuel Rosales de lanzarse en campaña por la presidencia, junto con la declinación de Julio Borges y de Teodoro Petkoff, y el planteamiento de un trabajo conjunto de los tres para reforzar la propuesta del primero, terminó de despejarse el panorama electoral. Hay que celebrar la creación de tal plataforma, pero ello en sí mismo no es sinónimo de triunfo electoral, sino que apenas constituye el primer paso. El siguiente es desarrollar de forma consistente la campaña, y el tercero, y sin duda el más importante es trascender el 3 de diciembre. Se trata, para decirlo rápido y fácil, de pensar cuáles serían las acciones políticas de largo aliento que desarrollaría esa plataforma opositora si sale derrotada en las elecciones.

Como habíamos indicado un primer reto está en derrotar la abstención. Sin duda, el objetivo central de Rosales como candidato es derrotar al presidente Chávez en las votaciones de diciembre. No es un recién llegado a la política y sabe que tiene chance de lograr su objetivo. Sin embargo, también resulta evidente que un primer gran termómetro para medir su fortaleza es que para a Chávez, es necesario vencer la abstención instalada en las filas opositoras, alimentada con ahínco mediático en los últimos meses. Resultó insostenible la tesis política, que prevaleció a fines del 2005, de que un parlamento en manos exclusivamente de Chávez lo desacreditaría y minaría su proyecto, no tuvo tal efecto y muy al contrario, contribuyó a desalentar a muchos de quienes no comparten el credo chavista.

Rosales requiere de una agenda inclusiva que le hable al país. Si se revisan las estadísticas y encuestas electorales de los últimos siete años se constatará la existencia de un centro político, más allá de la estridencia de los polos más visibles. Estos venezolanos han terminado, en algunas ocasiones, votando por el presidente Chávez en momentos de polarización extrema en buena medida por la ausencia de propuestas para el cambio. Debería resultar evidente, a estas alturas y después de atravesar todas las erradas experiencias opositoras, que el discurso y propuesta no puede reducirse a “salgamos de Chávez y después vemos cómo arreglamos esta vaina”. La elaboración de una agenda propia resulta vital, especialmente cuando se hace frente al presidente Chávez, que tiene toda la maquinaria estatal a su servicio y que ade-

más ha demostrado sagacidad y tenacidad singular en las campañas electorales. Un error, ya cometido en el pasado, ha sido el de minimizar el olfato e inteligencia política del jefe de Estado. Sin embargo, una sola mirada a la agenda informativa y política de los últimos años, deja en evidencia que ha sido el presidente Chávez quien de forma consistente coloca los temas, y quienes se le oponen terminan hablando y respondiendo lo que éste desea colocar en discusión. La agenda propia es un asunto prioritario para Rosales, especialmente porque no es un líder carismático y por tanto deberá afinarse en sus propuestas y visibilizar sus equipos de trabajo.

Para nadie es un secreto que Venezuela es otra. Tal vez Julio Borges ha sido el más enfático en este aspecto, y ello resulta saludable. El país cambió definitivamente y hoy las viejas referencias partidarias ni están en sintonía con lo que está pasando, ni han tenido la voluntad de recambio en su liderazgo. Los Ramos Allup, Eduardo Fernández y Álvarez Paz, por mencionar sólo tres íconos de lo que pudo haber sido y no fue, tienen poco que aportar a este momento, y por tanto se hace necesario un deslinde tanto generacional como político. Por otra parte, se trata de cruzar las fronteras, de superar ese 40% que parece ser el techo de la votación opositora, y para ello debe hablarse en esta campaña tanto a los bautizados ni-ni como a los propios seguidores del presidente Chávez. Si la campaña de Rosales se mantiene dentro de los límites geográficos, políticos y simbólicos en los que se ha movido la oposición, difícilmente podrá amenazar la reelección del jefe de Estado.

La apuesta de Rosales por alcanzar la presidencia tiene al tiempo como su peor enemigo, especialmente cuando el adversario es un jefe de Estado en campaña permanente. Más allá de que pueda obtener o no la presidencia, Rosales en esta contienda, dando la pelea políticamente, puede contribuir a definir no sólo un resultado electoral sino la propia salud y vigencia del sistema democrático.

LAS COSAS CLARAS

Como siempre, es necesario escuchar al presidente Chávez, pues en sus habituales y prolongadas alocuciones públicas dibuja su proyecto de país. Al iniciar esta campaña electoral dejó en claro que pretende una reelección consecutiva y sin límites de tiempo. Eso no sólo debe preocupar a quienes se oponen a su proyecto, ya que con esta declaración termina de definirse un régimen netamente personalista, sino que también debería ser motivo de preocupación para la dirigencia que le apoya, pues cabe preguntarse cuándo llegará la hora de que otro líder venido de las filas chavistas pueda disputar la presidencia de Venezuela. Hay que agradecerle al presidente que haya dejado las cosas en claro: quienes le respalden el 3 de diciembre deben saber que lo harán por alguien que desea permanecer en el poder por tiempo indeterminado.

La reelección no está ganada, y por tanto el presidente Chávez es derrotable. Reducir la meta de votos, con lo cual se desdibuja lo que venía siendo meta y bandera de la campaña, de alcanzar los 10 millones de votos, es una clara señal del tiempo que se vive den-

tro del chavismo. Si bien la victoria no está cantada todavía, es evidente que todos los recursos del Estado están en movilización a favor de Chávez, y esa será una de sus principales fortalezas; otra, y es algo que la oposición siempre le ha negado, es la condición de estrategia política, suerte que ha salido a relucir en momentos de definición electoral.

El presidente es muy mal gobernante, si se le mira por la eficiencia de su gestión, pero sin duda es un excelente político que parece en perenne campaña con niveles de respaldo popular significativos, especialmente para alguien con tantos años en el poder. Esto no puede negarse, y es justamente lo que convierte a Chávez en un presidente-candidato con aire de triunfador, pero ello puede ser un arma de doble filo, especialmente en una población electoral, como la venezolana, que ha demostrado niveles de volatilidad importantes.

Para el presidente resulta indispensable bajarle ese volumen a una arrogancia triunfalista, la cual impera no sólo en su discurso sino en la variopinta dirigencia chavista. La idea de que el triunfo electoral ya se logró, antes de que se vaya a votar, puede incrementar los niveles de abstención en las filas rojas, y como vimos en los comicios legislativos de diciembre pasado, la ausencia de votantes no sólo perjudica a la oposición. Una estrategia consistente usada en el pasado reciente, ha sido la de azuzar los conflictos, echarle gasolina a un discurso polarizador y presentar a los adversarios como enemigos que arrebataran los beneficios sociales. Las diferencias con Washington, que cada semana tienen un nuevo

capítulo, están siendo usadas para atizar la necesidad de acudir a las urnas.

Un desafío que deriva evidentemente de la propia desarticulación partidista venezolana, está en el manejo de las diferencias en el seno del movimiento chavista. La geografía nacional está atravesada, en este 2006, por disconformidades de distinto tenor entre la dirigencia que apoya al presidente. Las diferencias intra-chavistas se han visto soslayadas por las imposiciones de coexistencia pacífica del presidente, pero sin duda que en plena campaña por la reelección este tema cobra relevancia, como lo evidenció el anuncio de que se marchará hacia el partido único en el 2007.

Un tercer reto electoral de Chávez es, políticamente, el más difícil. Se trata de superarse a sí mismo. Qué cosas puede ofrecer el presidente en esta campaña que superen lo que él, y sus seguidores, ya consideran una buena obra de gobierno. Sabemos, con sólo mirar lo que pasa día a día, que las casas no terminan de construirse al ritmo adecuado, que los hospitales están con carencias grandes y que no se ha generado empleo de forma consistente y con todos los beneficios que manda la ley. Este gobierno sigue siendo, principalmente, una enorme promesa, una esperanza de lo que se hará. Por esa razón el presidente habla, siempre, como si fuese un candidato a punto de alcanzar el poder. Ese discurso del vamos a hacer, sin duda, tiene sus límites.

Finalmente, y no por ello menos relevante, es que el presidente Chávez debe alcanzar una victoria creíble. Un triunfo electoral empañado, en di-

ciembre, no le vendría bien a este proyecto, que dice estar profundizándose por la vía del voto. En tal sentido ha sido bastante razonable descartar como meta los 10 millones de votos, una cifra matemática y políticamente inalcanzable. Sin duda, si el presidente coloca como objetivo electoral no sólo el triunfo, sino un número determinado de votantes, le daría un peso diferente a los resultados de diciembre, aún cuando resultase reelecto. Un piso mínimo parece ser la cifra de 6 millones de votos, que se alcanzó en el referendo revocatorio, un número menor demostraría un retroceso palpable.

* Miembro del Consejo de Redacción